

LA MISA

LOS ORNAMENTOS SAGRADOS DE LOS MINISTROS

Dice la introducción del Misal (n. 297) que la variedad de ministerios en la Iglesia se pone de manifiesto, en el culto, a través de la diversidad de las vestiduras sagradas, que contribuyen también a la belleza de la acción litúrgica. Asimismo, el hecho de que los ministros lleven unos vestidos distintos de los ordinarios, ayuda a ver que la liturgia nos introduce en un mundo distinto que no es el de la calle, sino prefiguración de la vida celestial, como nos lo recuerda muy bien el libro del Apocalipsis.

El alba. Es una túnica blanca (de ahí su nombre) que puede ir más o menos ceñida al cuerpo. Si es necesario se puede ajustar a la cintura con un cíngulo (que puede tener forma de cordón o cinta de tela más o menos amplia). El alba es el vestido básico para todos los ministros en la celebración litúrgica y, por tanto, es el más recomendable para monaguillos o acólitos.

El amito. Es una pieza de ropa, mayormente blanca, que se pone bajo el alba y tiene la función de tapar el cuello del vestido ordinario cuando el alba no lo cubre del todo. Puede tener forma de capucha.

La estola. Es una pieza de tela que puede ser de color blanco o de los demás colores que usa la liturgia. El sacerdote se coloca la estola en torno al cuello, dejando que cuelgue ante el pecho; el diácono la lleva cruzada, pasando del hombro izquierdo, por encima del pecho, hasta el lado derecho del cuerpo, sujetándola ahí. Con ella, y por la forma de llevarla, quedan identificados los ministros ordenados ante la asamblea.

La casulla. Esta palabra también deriva del latín, y significa "casa pequeña", lo cual ya nos dice mucho sobre su forma. Es un manto amplio, abierto por los lados (sin mangas) y con una abertura en el centro para pasar por ella la cabeza. Cubre todo el cuerpo, y además de identificar al presidente de la Eucaristía, lo viste totalmente casi hasta los pies, de modo que da a su figura un aspecto digno y elegante. Este vestido acostumbra a llevar ornamentos y apliques que la embellecen. La casulla es el vestido propio del sacerdote que celebra la misa, y las demás acciones sagradas directamente relacionadas con la misa. Se coloca sobre el alba y la estola.

El humeral. Es el paño que se pone sobre los hombros el que, por ejemplo, lleva el Santísimo en una procesión o da con él bendición al pueblo. Utilizando esta pieza de ropa se significa gran respeto que tenemos por el Cuerpo de Cristo, digno de máxima reverencia.

El roquete. Se viste sobre la sotana, y es de color blanco, como un alba recortada, con mangas algo más cortas de lo normal, y se ciñe a la cintura. Lo pueden utilizar los ministros para celebrar la liturgia, siempre que no tengan que vestir la casulla o dalmática; tampoco lo pueden utilizar en la concelebración de misa. También se le da el nombre de sobrepelliz. Actualmente cada vez se utiliza menos, puesto que se prefiere utilizar el alba en todos los casos.

LOS COLORES LITÚRGICOS

La diversidad de los colores en las vestiduras sagradas expresa, a lo largo del año litúrgico, el carácter propio de cada uno de los tiempos y fiestas que celebramos. Son los siguientes:

* *El color blanco.* Se utiliza en los oficios y misas del tiempo de Pascua y de Navidad. También en las fiestas y memorias del Señor, excepto las de su pasión; en las

fiestas y memorias de la Virgen María, de los santos ángeles, y de los santos no mártires. También se utiliza en la celebración de los sacramentos (excepto en la penitencia y la unción de los enfermos).

* *El color rojo.* Se utiliza el domingo de Ramos y el Viernes Santo; el domingo de Pentecostés; en las celebraciones de la Pasión del Señor, en las fiestas de los apóstoles y los evangelistas, y en las celebraciones de los mártires.

* *El color verde.* Se utiliza en los oficios y misas del tiempo ordinario.

* *El color morado.* Se utiliza en el tiempo de Adviento y de Cuaresma. También se puede utilizar en los oficios y misas de difuntos. Asimismo, es el color propio para celebrar los sacramentos de la penitencia y de la unción de los enfermos.

* *El color negro.* Se puede utilizar en las misas de difuntos.

LOS LIBROS LITÚRGICOS

El Misal. Es el libro que contiene las oraciones propias de la misa y señala los ritos que hay que seguir para celebrarla. Este libro lo usa el sacerdote que preside y también los concelebrantes en la plegaria eucarística. Primero se coloca cerca de la sede y luego en el altar. Un monaguillo lo acerca al sacerdote siempre que lo necesita.

El Leccionario. Es el libro en el que se encuentran las lecturas bíblicas que se leen en las acciones litúrgicas. Hay cuatro clases de leccionarios:

El dominical y festivo: contiene las lecturas para todos los domingos del año y de las principales fiestas y solemnidades, y está dividido en tres ciclos (A, B y C), según el evangelista que se lee cada año: en el A san Mateo, en el B san Marcos, en el C san Lucas.

El ferial: contiene las lecturas de las misas de los días laborables.

El santoral: contiene las lecturas para las celebraciones de los santos.

El de misas diversas: contiene las lecturas para las misas rituales, por motivos diversos, votivas y de difuntos.

La Oración de los Fieles. Es un libro de composición libre, en el que se recogen distintos formularios para la oración universal de la misa. Con este libro pedimos por todas las personas y ejercemos así la intercesión delante de Dios.

LOS OBJETOS LITÚRGICOS

Para celebrar la misa y las demás acciones litúrgicas son necesarios distintos objetos. Algunos de ellos son totalmente indispensables, mientras que otros colaboran a la belleza y el decoro de la celebración. El buen cristiano debe saber el nombre de cada uno de ellos y para qué sirven.

La cruz. Es el signo de nuestra redención, del sacrificio de Cristo y de su victoria sobre la muerte. La situamos sobre el altar o cerca de él, de modo que todo el pueblo la pueda ver bien. También abre las procesiones litúrgicas.

Los candelabros. En ellos ponemos las velas para que iluminen festivamente nuestras acciones litúrgicas, y se sitúan sobre el altar o a su alrededor, colocados de modo que el conjunto resulte armonioso. También acompañan a la cruz en las procesiones, a ambos lados, así como la proclamación del evangelio en las celebraciones solemnes (entonces se les llama "ciriales"). También al terminar la misa de la Cena del Señor, el jueves santo, se acompaña la Eucaristía a la reserva con un cierto número de candelabros o ciriales. Los que llevan los ciriales procesionalmente se llaman los *ceroferarios*.

Los vasos sagrados: el cáliz y la patena. De entre los objetos necesarios para celebrar la misa, merecen un honor especial los vasos sagrados, especialmente el cáliz y

la patena, en los que se ofrecen el pan y el vino, se consagran y se comulga. El Misal nos dice que deben ser de materiales sólidos y nobles, y que hay que preferir los materiales que no se rompen fácilmente ni se corrompen. El *cáliz* tiene forma de copa, y en él se pone el vino que ha de ser consagrado. La *patena* es el recipiente en el que se coloca el pan que está destinado a la comunión. Ambos deben ser lo suficientemente grandes según el número de personas que participan en la misa; también a veces al recipiente para el pan se le denomina *copón* por la forma de copa que había tenido durante mucho tiempo. El nombre de "patena" también se emplea para designar a la que, en algunos lugares, el monaguillo sostiene bajo la boca del que comulga, para evitar que si cayera el pan eucarístico fuera a parar al suelo.

El corporal. Es una pieza de ropa cuadrada que se pone sobre el altar cuando se preparan las ofrendas, y sobre ella se depositan el pan y el vino de la Eucaristía. El nombre proviene del Cuerpo del Señor que reposará sobre él en la celebración de la misa. También se utiliza para la adoración del Santísimo, y puede ponerse también sobre una mesilla cuando se lleva la comunión a los enfermos.

El purificador. Es una pequeña toalla que se utiliza sobre todo para limpiar el cáliz y la patena después de la comunión.

El lavabo. Con esta expresión, además de indicar el gesto de lavar las manos al sacerdote que preside la eucaristía antes de la plegaria eucarística, también queremos significar los utensilios que empleamos para ello: una jarra con agua, un recipiente para ponerlo bajo las manos y recogerla, y la toalla con la que se seca.

La palia. Se puede utilizar para cubrir el cáliz para que no caiga nada en su interior.

Las vinajeras. Son dos jarras que contienen una el vino y otra el agua para el cáliz. Lo mejor es que sean de cristal, y la del vino mayor que la del agua (porque agua sólo se pone *un poco* en el cáliz). El monaguillo sirve las vinajeras al sacerdote o al diácono y este pone el vino y el agua en el cáliz.

El incienso y el incensario. El incienso es una resina especial muy aromática. En la celebración litúrgica su uso es signo de adoración a Cristo Señor, En la misa son incensadas todas aquellas personas o cosas que se refieren a Cristo: el altar porque está ungido con el crisma y, sosteniendo el Cuerpo y la Sangre del Señor, es signo y recordatorio permanente de Cristo; el evangelario porque es la misma Palabra de Cristo; el sacerdote porque celebra la liturgia representando a Cristo Cabeza y Pastor de su pueblo; la asamblea porque evoca la presencia de Cristo: "allí donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18,20); y también se incensa la cruz que está junto al altar y, al inicio de la misa, la imagen de la Virgen o del santo titular de la iglesia o parroquia. El incienso, con el humo oloroso que se eleva al cielo, es también signo de la oración de los cristianos que sube hasta Dios, como lo leemos en el libro del Apocalipsis.

Asimismo, llamamos *incensario* el recipiente que sirve para ofrecer el incienso. Se aguanta con tres cadenas y contiene un pequeño brasero en el que se ponen los carbones encendidos sobre los que se tira el incienso para que al quemarse desprenda su aroma. Está cubierto por una tapadera que sube y baja mediante una cuarta cadena. Su uso exige una cierta pericia y no se puede utilizar sin haberlo preparado y ensayado antes. Al incensario también puede llamarse *turíbulo*, y el que lo lleva recibe el nombre de *turiferario*. En las procesiones va delante de todos, precediendo a la cruz y los ciriales.

La naveta. Es el recipiente en el que se lleva el incienso. Se llama así por la forma de pequeña nave que tradicionalmente ha tenido. Va acompañada de una cuchara, más o menos artística, que sirve para echar el incienso sobre los carbones encendidos.

El hisopo. Es el objeto que sirve para asperjar con agua bendita, y consiste en un manojo de ramas verdes atadas por la base o en un instrumento metálico que lleva en la cabeza del mango una bola con agujeros que retienen y esparcen el agua.

El cirio pascual. Es un cirio grande que se enciende al principio de la Vigilia Pascual y que simboliza la luz de Cristo resucitado.

Durante todo el tiempo de Pascua está en el presbiterio, preferentemente junto al ambón, y luego el resto del año está en el baptisterio. También se coloca junto al féretro en las exequias.

La custodia. Es un objeto de metal (los hay muy artísticos y ornamentados) en el que se coloca el pan eucarístico, el Cuerpo de Cristo, para mostrarlo a los fieles. Se usa sobre todo para la procesión del día de Corpus y en la exposición mayor del Santísimo.

La credencia. Es una pequeña mesa situada en el presbiterio, en un lugar discreto, sobre la que colocamos los vasos sagrados antes de llevarlos al altar, y todas las demás cosas que necesitamos en un momento determinado durante la celebración. Mejor que no lleve manteles blancos, para que no parezca un "mini-altar": es sólo un elemento funcional. Tampoco es conveniente que esté pegada al altar. Desplazarse a buscar el pan y el vino a la credencia resulta un gesto significativo de preparación de la Eucaristía.

LOS LUGARES DE LA CELEBRACIÓN

Para la celebración litúrgica hay unos lugares especialmente significativos. Los más importantes son los que ahora vamos a describir. Y tengamos en cuenta, antes que nada, que la **sacristía** es el lugar en el que se conserva todo lo necesario para la liturgia, y también el lugar en el que los ministros se revisten con los ornamentos antes de comenzar las acciones litúrgicas, para lo que debe ser un espacio ordenado y limpio, en el que reine el silencio y todo el mundo se pueda preparar adecuadamente para la celebración de la misa y de los demás sacramentos.

Una sala grande

Lo primero que nos llama la atención, al entrar en la iglesia, es encontrarnos en una sala con muchos bancos para sentarse, todos encarados hacia el mismo punto.

Este local espacioso y el mobiliario que se ve en él nos habla de un grupo de personas que allí se reúnen. Es la comunidad, la asamblea que hace presente a la Iglesia de Cristo cuando se reúne para celebrar los sacramentos, especialmente la Eucaristía. No hay manifestación más transparente de la Iglesia que esta: la reunión de los bautizados para celebrar la misa.

Pero no es un encuentro cualquiera. Los asientos no forman un círculo cerrado, sino que están todos orientados hacia un mismo lugar: el altar. De ahí brota la gracia de la comunión con el Señor y de unos con otros.

Esta sala grande que contemplamos, por tanto, es el signo de una comunidad amplia, abierta -la Iglesia-, que tiene su fundamento no en sí misma sino en Cristo muerto y resucitado.

El presbiterio

En la reunión litúrgica cada uno ocupa su lugar, según la misión que el Señor le ha confiado en el interior de la comunidad.

El presbiterio es el espacio en el que se sitúan los sacerdotes y los ministros asistentes.

Tres son los elementos a destacar en un presbiterio:

1. El altar. Es el centro de nuestra celebración. Es signo de Cristo y, por tanto, merece toda nuestra veneración: los ministros lo besan, lo inciensan, se inclinan ante él, se ilumina... Como altar se ofrece en él el sacrificio de Cristo en la cruz. Y como mesa - dispuesta con blancos manteles-, se prepara en ella el alimento de los cristianos, el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

2. El ambón. Es el lugar de la proclamación de la Palabra de Dios, el primer alimento que se nos da en la misa. Ahí habla Cristo, y, por tanto, debe tener la dignidad que corresponde a su presencia.

3. La sede. Es el lugar donde se sienta el sacerdote que preside la misa. Él, por haber recibido el sacramento del orden, hace presente a Cristo. Por eso su lugar debe ser también digno del Señor.

El bautisterio (baptisterio)

Se trata de la capilla en la que se celebra el sacramento del bautismo. Es un lugar muy importante. En muchas iglesias el bautisterio está cerca de la puerta principal (es su situación más propia, excepto cuando se trata de una capilla exterior, que aún es mucho mejor). Ello tiene un significado: nos recuerda que el bautismo es la *puerta de entrada en la Iglesia*, y, así, a la vida de los hijos de Dios. En su interior vemos la pila con el agua para bautizar, y junto a ella el cirio pascual. Dada la gran dignidad del sacramento, este elemento tiene que ser muy digno, ya que en él los hombres y las mujeres (sean niños o mayores) renacen por el agua y el Espíritu Santo. También ahí, en algunas iglesias, se guardan con mucho respeto los santos óleos: el crisma, el de los catecúmenos y el de los enfermos. Si el bautisterio tiene la amplitud y belleza que merece, cada vez que pasemos ante él nos vendrá a la memoria que, por el bautismo, somos hijos de Dios en Jesucristo, y, por tanto, herederos de la vida eterna. ¡Un excelente recuerdo!

El confesionario (confesonario)

Cuando las personas queremos pedir perdón al Señor por nuestros pecados acudimos al sacramento de la penitencia, también llamado de la reconciliación o confesión. El lugar destinado a este sacramento es el confesionario, una sede, normalmente de madera, en la que el sacerdote escucha a los cristianos que quieren ser perdonados. El cristiano se arrodilla ante el sacerdote o en un lado, si lo prefiere. En algunos lugares puede sentarse también si le parece mejor. No olvidemos que el sacerdote actúa representando al Señor, y por ello, del mismo modo que, en la misa, dice *Esto es mi cuerpo*, en el sacramento de la penitencia afirma: *Yo te absuelvo de tus pecados...* Cuando entramos en una iglesia y vemos un confesionario, será una buena ocasión para recordar que somos pecadores, y que el Señor nos espera, en la persona de su ministro, para darnos su perdón.

La capilla del Santísimo

Aunque este no es un lugar de celebración (si bien es bastante habitual que en ella se celebre la misa los días laborables), en casi todas las iglesias hay una capilla más o menos pequeña con el sagrario. Ahí se guarda el Cuerpo de Cristo con toda veneración, para que los enfermos lo puedan recibir en su casa y, también, para que lo podamos adorar rezando ante él.

Una forma de expresar nuestro amor al Señor, realmente presente en el pan consagrado, es hacer la genuflexión cada vez que pasamos ante él. Una lámpara encendida cerca del sagrario nos advierte de que, en este lugar, está la Eucaristía.

Vale la pena que nos acerquemos a menudo a la capilla del Santísimo para rezar. Asimismo, es una buena manera de prepararnos para la misa, antes de empezar, y también de dar gracias a Dios cuando la celebración ha terminado. El cristiano debe tener un gran deseo de rezar ante el sagrario, ya que es un ministro del altar y de la eucaristía.

El domingo, día del Señor

Cuando ya había terminado el descanso del sábado, las mujeres fueron al sepulcro de Jesús para ungir su cuerpo con los ungüentos funerarios, según las costumbres de aquella época. Era domingo, muy de mañana. Andaban tristes, por la gran injusticia que habían cometido con su Maestro clavándolo en una cruz. Además, se preguntaban cómo podrían apartar la gran piedra que cerraba la tumba, temiendo que quizá no podrían entrar.

Con estos pensamientos llegaron al lugar en el que habían enterrado a Jesús. Al llegar, se dan cuenta de que alguien había quitado la piedra. "¿Qué significa esto? ¡No es normal!", pensaban asustadas. Entran y ven que Jesús no está. "¡Alguien lo ha robado! Pero, ¿por qué?".

En medio de estos pensamientos, oyen una voz amable, se vuelven y ven a un joven vestido de blanco, con rostro de ángel, que les dice: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí; ha resucitado". En cuanto oyeron estas palabras se fueron corriendo a ver a los apóstoles. Se lo contaron y, enseguida, Pedro -el primero de los doce- y Juan fueron a comprobarlo; no acababan de creérselo. Luego, una vez hubieron visto lo que las mujeres les explicaban comprendieron que el Señor había resucitado, y recordaron que ya él, en alguna ocasión, se lo había dicho: "Al tercer día resucitaré". Y así fue. Aquel mismo domingo, al atardecer, se les apareció y lo vieron, con gran alegría por parte de todos. Desde entonces, el día siguiente al sábado, es decir, el domingo, es el día del Señor, y celebramos la Eucaristía porque es el memorial de la muerte y resurrección de nuestro Salvador.

EL AÑO LITÚRGICO

La Iglesia celebra con un recuerdo sagrado, en días determinados a lo largo del año, la obra salvadora de Cristo.

Cada semana, en el día llamado "del Señor" o domingo, hace memoria de la resurrección de Jesús, que, además, una vez celebra unida con su pasión en la máxima solemnidad de la Pascua.

Explica todo el misterio de Cristo en el ciclo del año, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés espera de la venida del Señor.

El año litúrgico se divide en cinco tiempos litúrgicos:

* **Adviento.** La palabra significa "retorno", "llegada", y viene del latín "adventus". Es el tiempo de cuatro semanas antes de la Navidad, y forma una unidad con ella y con la Epifanía. La primera parte de este tiempo llega hasta el 16 de diciembre, y en ella la Iglesia mira a la segunda venida del Señor; la segunda parte, del 17 al 24 de diciembre, la liturgia nos prepara a las celebraciones del Nacimiento de Cristo.

* **Navidad.** Todos los años, el 25 de diciembre los cristianos celebramos el nacimiento del Hijo de Dios. Este tiempo litúrgico comienza al atardecer del día 24 y termina el domingo después de la Epifanía, es decir, el domingo del Bautismo del Señor. La solemnidad de la Epifanía (6 de enero) es muy importante; en ella celebramos la manifestación de Cristo Jesús a todos los pueblos de la tierra, representados en los magos de Oriente. Y aún podemos destacar también que la solemnidad del día de Navidad se alarga durante ocho días, hasta el 1 de enero, solemnidad de Santa María, Madre de Dios; y el domingo que hay dentro de estos ocho días es la fiesta de la Sagrada Familia.

* **Cuaresma.** Esta palabra viene del latín "quadragesima dies" y significa "el día cuarenta" antes de la Pascua. Comienza el miércoles de ceniza y termina el jueves santo por la tarde antes de la misa de la Cena del Señor. Durante cuarenta días, pues, los cristianos nos preparamos para la Pascua, y lo hacemos escuchando la Palabra de Dios, rezando, haciendo obras de caridad y de penitencia. Así imitamos a Jesús que, durante cuarenta días y cuarenta noches, se retiró al desierto a orar al Padre y a ayunar. De este modo nuestra vida se renueva muriendo al pecado y resucitando a la vida de Dios.

Al final de este tiempo encontramos la **Semana Santa**. Comienza con el domingo de la Pasión o de Ramos, y acaba al empezar el domingo de Pascua. Por tanto, abarca los últimos días de la Cuaresma hasta el jueves santo por la tarde, y los dos primeros días del Triduo Pascual.

* **Triduo Pascual y tiempo de Pascua.** El Triduo (que significa "tres días") Pascual está formado por el viernes y sábado santos, y por el domingo de Pascua, considerando la misa vespertina del jueves santo de la Cena del Señor como su prólogo o introducción. El Triduo Pascual termina al terminar el domingo de resurrección. El viernes y el sábado no se celebra la Eucaristía, en espera de la gran Vigilia Pascual. Además, el viernes santo y, según la oportunidad, también el sábado santo, se celebra el sagrado ayuno de la Pascua.

El **tiempo de Pascua** comienza el domingo de la resurrección del Señor y dura cincuenta días hasta el domingo de Pentecostés, en que celebramos la venida del Espíritu Santo. Durante estas semanas se alarga la fiesta como si se tratase de *un gran domingo*, sobre todo la primera semana, llamada "octava de Pascua". Durante este tiempo vivimos la alegría de la resurrección y la victoria del amor de Dios sobre el pecado y la muerte. El *Aleluya* resuena durante estas semanas con todo su vigor.

* **Tiempo ordinario.** Además de los tiempos que tienen un carácter propio, quedan 33 o 34 semanas en el curso del año en las que no se celebra ningún aspecto peculiar del misterio de Cristo, sino que se recuerda más bien ese misterio en su globalidad, principalmente los domingos. El tiempo ordinario comienza el lunes siguiente al domingo posterior al 6 de enero, es decir, el día siguiente a la fiesta del Bautismo del Señor, y se extiende hasta el martes antes de la Cuaresma; y se retoma de nuevo el lunes siguiente al domingo de Pentecostés para acabar el día antes del primer domingo de Adviento.

Durante estas semanas se pone en evidencia la primacía del domingo cristiano, y se nos ofrece la escuela permanente de la Palabra bíblica. Asimismo, nos hace descubrir el valor del día a día, y de qué manera la vida cotidiana es también un tiempo de salvación.

LAS PARTES DE LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA

SE FORMA LA ASAMBLEA: RITOS INTRODUCTORIOS

Hemos llegado a la iglesia, buscamos un lugar que esté cerca del altar y nos preparamos para la misa. Es muy importante llegar con tiempo. Conviene tener unos momentos de oración y quietud antes de la celebración.

El cantor nos invita a iniciar el canto justo antes de la entrada del sacerdote y de los ministros que lo acompañan. Todos nos ponemos de pie al empezar la celebración, ya que el Señor está presente en nuestra asamblea y también en la persona del obispo o del sacerdote que preside y que, en este momento, entra.

Ante el altar todos ellos hacen una inclinación para mostrar su veneración, y los ministros ordenados lo besan, ya que son sus servidores y en él recuerdan al mismo Cristo.

Al llegar a la sede -su lugar propio como presidente de la celebración- el sacerdote invoca a la Trinidad con la señal de la cruz y saluda a la asamblea, diciendo: "El Señor esté con vosotros" (u otro saludo semejante). Todo el mundo responde: "Y con tu espíritu". Así reconocemos lo que antes decíamos: que Cristo está presente en todos los reunidos y en la persona del ministro ordenado.

A continuación pedimos perdón de nuestros pecados y, así, humildemente, nos preparamos para recibir a Cristo. Si es domingo o una fiesta importante cantamos el himno del Gloria y, al terminar, el sacerdote, después de decir Oremos y de un momento de silencio, recita una oración, al término de la cual todo el mundo aclama: Amén.

Así estamos ya dispuestos para acoger la proclamación de la Palabra de Dios.

LA LITURGIA DE LA PALABRA

En la misa podemos decir que se nos preparan dos mesas para que podamos alimentar nuestra vida cristiana. La primera de estas mesas es la de la Palabra de Dios. Es muy importante. Naturalmente que en casa, o en la catequesis, o en la escuela, también podemos leer la Biblia y aprender lo que nos dice, pero cuando en la celebración de la Eucaristía leemos sus páginas, hacemos mucho más: ¡celebramos la Palabra de Dios! Y, al hacerlo, estamos celebrando a Jesucristo, ya que Él es la misma Palabra que se hizo hombre. Por eso, cuando en la misa escuchamos las lecturas estamos escuchando a Cristo. De modo que hay que estar muy atentos. Ayuda mucho haber leído las lecturas en casa antes de escucharlas en la misa. Y, si alguna vez tenemos que proclamar la Palabra de Dios, tenemos que prepararnos bien, y recordar que por nuestra voz está hablando el Señor. ¡Qué responsabilidad y, al mismo tiempo, qué alegría!

La primera lectura

En los domingos y las fiestas importantes, en la misa proclamamos tres lecturas. La primera, casi siempre (excepto en el tiempo pascual) es del Antiguo Testamento. Son narraciones de la historia del pueblo de Israel, de los escritos de los profetas, etc. Esta lectura, si la escuchamos con atención, nos prepara muy bien para comprender el evangelio que se nos leerá luego. Nos ayuda a descubrir de qué forma desde el tiempo del pueblo de Israel Dios preparaba la venida de su Hijo y su salvación. El sacerdote, en la predicación, nos ayudará a ver esa relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Con todo, nosotros, al escuchar la primera lectura -y más si la hemos leído antes en casa- ya nos disponemos a ver de qué modo estas palabras escritas hace tantos siglos se cumplen en Jesús.

Al terminar la lectura el lector dice solemnemente: Palabra de Dios, y toda la asamblea responde: Te alabamos, Señor.

El salmo responsorial

Después de la primera lectura, cantamos el salmo responsorial. El libro de los salmos es también del Antiguo Testamento, y recoge las oraciones más queridas e importantes porque forman parte de la Biblia y, así, nos hablan de Cristo. El mismo Jesús las rezaba todos los días.

Y se llama "responsorial" porque normalmente, en la misa, un salmista canta o lee el salmo, y todos respondemos una frase, como en un diálogo.

Este momento, por tanto, dentro de la liturgia de la Palabra, no sólo es para escuchar sino también para rezar -con la misma palabra de Dios- en respuesta a la primera lectura que se nos ha proclamado.

La segunda lectura

Después de haber escuchado una lectura del Antiguo Testamento y haber rezado con las palabras del salmo, ahora nos disponemos a escuchar atentamente lo que nos dirá el apóstol. En el Nuevo Testamento tenemos algunas cartas que los apóstoles enviaban a los cristianos de su tiempo, explicando lo que significa ser cristiano; forman parte de la Biblia y, por tanto, son Palabra de Dios.

Proclamamos con gusto las cartas de san Pablo, san Pedro, san Juan, etc., porque son los primeros testigos de las palabras y las obras de Jesús, y, sobre todo, de su muerte y resurrección.

Así, siendo como somos una Iglesia Apostólica, cada vez que escuchamos las palabras de los apóstoles reafirmamos nuestra fe en Jesucristo.

Al terminar también aquí el lector dice: Palabra de Dios con la misma respuesta de la asamblea.

El evangelio

En este momento la liturgia de la Palabra alcanza su culminación. Y lo expresamos con gestos y con mayor solemnidad. En primer lugar, el que proclama el evangelio es un ministro ordenado, un diácono o, si no lo hay, un sacerdote. Todos nos ponemos de pie para escuchar las mismas palabras de Cristo. Asimismo, si la celebración es solemne, podemos acompañar el libro del evangelio con cirios e incienso. El diácono -o el sacerdote- proclama el evangelio y, al terminar, aclama Palabra del Señor, y todos respondemos con otra aclamación: Gloria a ti, Señor Jesús. Una vez el ministro ha proclamado el evangelio, besa el libro (¡son las palabras de Cristo!).

Con todos estos gestos, así como con el canto del aleluya que ha precedido a la lectura, queremos expresar que la proclamación del evangelio es el momento culminante de esta primera parte de la misa.

La homilía

Después de haber escuchado la proclamación del evangelio, el sacerdote que preside, o bien algún otro ministro ordenado que concelebra, dirige a toda la asamblea unas palabras. Es la homilía. Así, explica lo que hemos escuchado en las lecturas bíblicas, para que podamos entenderlas bien, y nos ayuda a aplicarlas a nuestra vida de cada día.

Este momento de la misa tiene también mucha importancia. No podemos aprovechar este rato para ponernos a leer o para distraernos mirando a la gente, sino que hay que prestar mucha atención, ya que en las palabras del sacerdote también nos está hablando el Señor a fin de mover nuestro corazón hacia Él. Si lo hacemos así, viviremos la celebración de la Eucaristía y toda la vida cristiana con más sentido evangélico.

La profesión de fe

Es lo que llamamos el Credo. Esta palabra latina quiere decir "Creo", y con ella comienza la profesión de fe. Una vez el sacerdote ha terminado la homilía, todos nos ponemos de pie, y, si es domingo o una solemnidad, a una sola voz recitamos esta fórmula antiquísima en la que expresamos -con toda la Iglesia- qué es lo que creemos. Después de haber escuchado a Dios en las lecturas de su Palabra, ahora todos le respondemos diciendo que creemos en todo lo que nos ha revelado, en todo lo que nos ha enseñado en la Sagrada Escritura y, especialmente, en la persona de su Hijo Jesucristo. Es como un diálogo. Dios habla y nosotros escuchamos; luego nosotros hablamos, manifestando nuestra fe, y Dios escucha complacido.

Asimismo, es muy oportuno que en este momento de la misa digamos el Credo, porque estamos a punto de ir hacia el altar, donde se realizará el gran milagro de la Eucaristía, del Cuerpo y de la Sangre del Señor, fuente y cumbre de nuestra vida de fe. Es una magnífica forma de prepararnos.

La oración de los fieles

Antes de llevar las ofrendas al altar y comenzar así la liturgia eucarística, tiene lugar la oración de los fieles. Es un momento importante. En ella todos los que estamos reunidos en asamblea cristiana, nos acordamos de nuestros pastores, el Papa, nuestro obispo y los demás obispos; también pedimos por toda la Iglesia, y para que haya paz en el mundo y prosperidad, así como por todos los hombres y mujeres, hermanos nuestros, que sufren por algún motivo. Para todos pedimos la ayuda de nuestro Dios. También rezamos por nuestros difuntos, para que sus pecados sean perdonados y puedan ser felices en el cielo. Y, claro está, no nos olvidamos de los que estamos en misa en aquel momento. También por nosotros intercedemos pidiendo la bendición del Señor.

Como hemos dicho antes, es una plegaria muy importante, y por eso hay que hacerla bien. No podemos dejarla a la improvisación del momento, ni tampoco hacerla a toda prisa, sin prestarle atención. A cada intención todos respondemos, a una sola voz y con todo el deseo de ser escuchados por el Señor, la respuesta que nos indiquen: Te rogamos, óyenos; Te lo pedimos, Señor; etc.

La respuesta también puede cantarse. Así le damos solemnidad y nos ayuda a recordar la importancia de este momento.

LA LITURGIA EUCARÍSTICA

Comienza la segunda parte de la misa. Ya hemos dicho que en la celebración se nos preparan dos mesas: la primera es la de la Palabra, y la centramos especialmente en torno al ambón desde el que se proclaman las lecturas. Ahora, en la liturgia eucarística, nos disponemos a participar de la segunda mesa, la del Cuerpo y la Sangre del Señor. Y el lugar es el altar.

Para comprender el desarrollo de esta parte de la misa, podemos recordar las palabras del evangelio, cuando nos cuentan lo que hizo Jesús durante la última cena con sus apóstoles. Sentados a la mesa, el Señor "tomó el pan, pronunció la acción de gracias, lo partió, y lo dio a sus discípulos". Estos cuatro gestos son los que hacemos en la liturgia eucarística. Y aquí, la importancia del sacerdote es capital. Él hace lo que hizo Jesús y dice lo que dijo Jesús. Es otro Cristo.

Diréis que esto es muy grande. Y tenéis razón. Ser sacerdote es algo muy grande. Por eso los que han sido llamados por el Señor con esta vocación dan continuas gracias a Dios.

Tomó el pan

El diácono -o el mismo presidente- prepara el altar. En las fiestas importantes, algunos miembros de la comunidad llevan en procesión el pan y el vino para la Eucaristía. El sacerdote lo acoge, puesto que él es un servidor del pueblo de Dios, de la comunidad. También, a veces, en este momento se presenta lo que se ha recogido para los hermanos que sufren la pobreza, para significar que la Eucaristía nos tiene que mover a la caridad sincera y generosa.

A continuación, cuando el pan y el vino -mezclado con un poco de agua, como hizo Jesús- están ya preparados, el sacerdote toma primero uno y luego otro y, en silencio, dice una oración a Dios; algunos días solemnes, perfuma también esos dones con el incienso, así como el altar, la asamblea, y él mismo. Todos unidos como una sola cosa en torno al altar.

Terminado este rito, el sacerdote se lava las manos. No porque las tenga sucias, sino para acompañar con este rito una oración pidiendo a Dios que perdone sus pecados, porque se dispone a comenzar la gran oración de la Iglesia. Así se prepara. El agua que limpia las manos es una imagen de la gracia de Dios que purifica su corazón.

Con estas palabras y estos gestos hemos desarrollado la primera frase: "Tomó el pan".

Pronunció la acción de gracias (1)

Ahora comienza la plegaria eucarística, el punto culminante de toda la misa. En ella el pan y el vino se convertirán en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Se comienza con un diálogo entre el sacerdote y la comunidad: "El Señor esté con vosotros. Y con tu espíritu ". Luego invita a todos a levantar los corazones a Dios, a no pensar en nada más que en lo que va a suceder ahora; por eso dice: "Levantemos el corazón ". Y todo el mundo responde: "Lo tenemos levantado hacia el Señor". Finalmente, invita a toda la asamblea a rezar con él:

"Demos gracias al Señor nuestro Dios ", y todo el mundo contesta: "Es justo y necesario". De esta manera, con este diálogo, todos nos damos cuenta de la importancia de lo que ahora vamos a hacer y de que no se trata de algo privado del sacerdote, sino de toda la comunidad. Todos tenemos que participar muy activamente.

Pronunció la acción de gracias (2)

Después del diálogo introductorio, el sacerdote proclama el prefacio. Con él da gracias a Dios por todo lo que ha hecho por nosotros, por nuestra salvación. Son unas palabras muy alegres, solemnes, que ponen a toda la comunidad en una actitud de verdadera alegría cristiana. De ahí que, los domingos y días de fiesta, sea tan adecuado que el sacerdote lo cante.

Este texto termina con el canto, por parte de toda la comunidad, del Santo, santo, santo. Con estas palabras nos damos cuenta de que la oración nos ha situado en presencia de la majestad de Dios, e imitamos a los ángeles y los santos que, en el cielo, adoran y alaban al Señor sin cesar y son felices eternamente.

Alrededor del altar de la tierra, saboreamos ya la alegría del cielo, donde veremos a Dios cara a cara y nuestra alegría será inmensa, para siempre.

Pronunció la acción de gracias (3)

Después del Santo, santo, santo, prosigue la plegaria, y es entonces cuando el sacerdote invoca al Espíritu Santo sobre el pan y el vino, y a continuación repite las palabras de Jesús en la última cena: *"Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo... Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi Sangre..."*.

A partir de este momento el pan ya es el Cuerpo de Cristo, y el vino su Sangre, y el sacerdote los muestra a la comunidad para que todo el mundo pueda ver y adorar en el fondo de su corazón la presencia del Señor.

Terminada la consagración, toda la asamblea proclama el misterio de la fe que allí se ha realizado, aclamando (cantándolo, si es posible): *"Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!"*. Luego, el sacerdote recuerda esa muerte y resurrección de Jesús, *ofrece* al Padre "el pan de vida y el cáliz de salvación", y pide que el Espíritu Santo (el mismo que acaba de consagrar el pan y el vino) una en un solo cuerpo a todos los que participarán de él.

Pronunció la acción de gracias (y 4)

Esta gran plegaria de acción de gracias llega ya a su conclusión. El sacerdote recuerda a los vivos, especialmente el Papa y el propio obispo, a los que están en la iglesia en este momento y a los ausentes, pidiendo la intercesión de los santos; y también pide por los difuntos, para los que suplica la luz de la mirada de Dios.

Y seguidamente, el sacerdote toma la patena con el Cuerpo del Señor, y el cáliz con su Sangre, y, elevándolos a la vista de todos, acaba la oración al Padre proclamando: *"Por Cristo, con él y en él, a ti. Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos"*. Y toda la comunidad, a una sola voz, dice el *Amén* que acaba la plegaria eucarística. Una palabra muy breve, pero muy importante porque es toda una profesión de fe y una adhesión a lo que el sacerdote ha dicho. Por eso hay que decir ese *Amén* en voz alta y clara.

Este *Amén* comunitario concluye la oración principal de la misa, en la que el pan y el vino se han convertido en Cuerpo y Sangre de Cristo. Así estamos ya en disposición de comulgar.

Con estas palabras y estos gestos hemos desarrollado la frase *"Pronunció la acción de gracias"*.

Lo partió

Sobre el altar se ha realizado el mayor milagro: el pan y el vino se han convertido en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Ahora nos disponemos a participar de él en la comunión. Por eso nos preparamos rezando el *Padrenuestro*; ahí pedimos que el Señor nos dé hoy el pan de cada día, que aquí se refiere a la Eucaristía, y que nos perdone las culpas, de modo que podamos comulgar como es debido, alejados del pecado. Y aún, para mostrar que tenemos en nuestro corazón sentimientos de paz y de perdón, intercambiamos, unos con otros, un gesto de paz. Es muy importante recordar en este momento que no podemos celebrar la Eucaristía si no tenemos la caridad en nosotros; que no podemos acoger a Cristo presente en el pan y el vino consagrados y, al mismo

tiempo, rechazar a Cristo presente en los hermanos. Este rito -realizado con respeto y sencillez, con los que tenemos al lado- nos lo recuerda y lo quiere manifestar.

Después de esto, el sacerdote realiza el importante gesto del Señor *de partir el pan*. Hay que estar atentos, y no distraerse con nada ni con nadie. Mientras cantamos la letanía "Cordero de Dios", miramos cómo es roto el Cuerpo de Cristo, como un día fue también "roto" en la cruz. Este gesto *con razón impresionaba a los primeros cristianos, hasta el punto de que llamaban a toda la celebración "la fracción del pan"*. También nosotros, cuando el sacerdote parte el pan, vemos en este gesto a Cristo que da su vida para la salvación de todos los hombres.

Y lo dio a sus discípulos: la comunión

Hemos llegado al momento de la comunión. El sacerdote muestra el pan consagrado y partido a la comunidad, y dice: *Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los llamados a la mesa del Señor*. Y toda la asamblea contesta: *Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme*. Fijémonos que ahora hablamos en singular. No decimos "no somos dignos", sino "no soy digno", ya que en la comunión el Señor se nos da a cada uno, personalmente.

El sacerdote, entonces, comulga y, seguidamente, hace lo que hizo el Señor: dar el pan consagrado a los discípulos, diciendo a cada uno: *El Cuerpo de Cristo*. Y cada uno contesta: *Amén*. Este Amen es también muy importante. Lo que hemos dicho antes era comunitario, ahora lo pronuncia cada uno. La fe en Cristo es al mismo tiempo personal y comunitaria. Y eso en la misa se ve muy bien.

Y lo mismo hacemos también si se nos da a comulgar el cáliz.

Hemos desarrollado ya los cuatro momentos de toda la liturgia eucarística. Después de comulgar, en un breve momento de silencio, cada uno agradece en su interior que el Señor haya querido venir a nuestra casa, es decir, a nuestra vida.

NOS DESPEDIMOS

Cuando ha terminado la comunión, el sacerdote vuelve al altar, o a la sede, y desde allí pronuncia la última oración. Luego **bendice a todos** invocando a la Santísima Trinidad, mientras hace la señal de la cruz, y luego el diácono -o el mismo sacerdote- **despide a la asamblea**: "Podéis ir en paz". Con ello se quiere significar que la celebración ha terminado, y que tenemos que llevar a nuestra actividad de cada día todo lo que hemos visto y oído: la Palabra de Dios y la Eucaristía. Y para recibir ayuda y fortaleza para vivir evangélicamente se nos da la bendición.

Cada uno sale de la iglesia con el corazón renovado, y con más ganas de ser como Jesús, muy fieles a la voluntad de Dios, más creyentes y más capaces de amar como el Maestro nos ha enseñado con sus palabras y su ejemplo.

"Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos", dice Jesús. En la misa renovamos sacramentalmente esta entrega que hizo Jesucristo de su Vida por nosotros, sus amigos. ¡Cómo nos ama Dios!

CONOCER LA LITURGIA

El cristiano tiene que estar bien formado en el conocimiento la liturgia en su sentido más hondo. Esto no lo logrará de repente, pero poco a poco el responsable del grupo de acólitos tiene que ayudarles a lograr este objetivo. Es lo que recomienda muy claramente el Concilio Vaticano II cuando habla de los que tienen a ministerio litúrgico:

"Es preciso que cada uno a su manera esté fundamente penetrado del espíritu de la liturgia y que sea instruido para cumplir su función debida y ordenadamente" (SC 29)